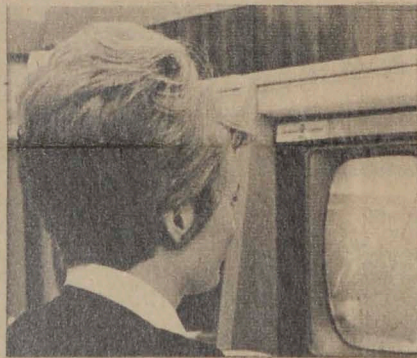


la página de
Sergio Vodanovic

la enajenación, vía satélite



EL MUNDO, angosto y ajeno.

ME LO han explicado cien veces y sigo sin comprenderlo.

Amigos officiosos con amplios conocimientos de ingeniería electrónica me han dibujado croquis y me han simplificado complejissimas ecuaciones. Pero yo debo tener la cabeza cuadrada, porque sigo sin entender. Prefiero, al igual que el hombre primitivo que ve surgir por primera vez fuego al frotar dos palos secos, pensar que es cosa de brujería, o de milagro o quizás simplemente una gran confabulación para embaucar bobos y meter el dedo en la boca a media humanidad.

Pero lo cierto es que este asunto del satélite escapa a mi capacidad de comprensión y de imaginación. Durante un mes he estado tendido en mi cama, con un trago a mi disposición, viendo el Campeonato Mundial de Fútbol en México. Y no he viajado, no he hecho colas, no he recibido empujones, no he trastrocado mis horas de comida, no he sufrido por el sol ni por el frío, ni por la lluvia. Y lo he visto todo con la mayor comodidad.

Y a su vez, conmigo millones de personas lejanas, miles de kilómetros las unas de las otras, han vivido la misma experiencia y han gritado "¡Gool!" al mismo instante. Pero yo no las he oído.

Es cierto que la experiencia no es del todo nueva. Ya la habíamos tenido cuando, absortos y maravillados, contemplamos el momento histórico en que el hombre puso por primera vez pie en la Luna. Pero, con todo, había una diferencia: la única forma de presenciar ese trascendental evento era la televisión. En cambio, el fútbol es un espectáculo al que se asiste personalmente, que está hecho para un público presente. Al igual que el teatro, el concierto o una representación de ballet.

Y en medio de mi incompreensión del fabuloso hecho que por medio de un satélite podamos contemplar al instante lo que sucede en lugares lejanos, me ha entrado el temor de que estemos presenciando no sólo la comprobación de una gran conquista tecnológica de nuestra era, sino el término de una época y el nacimiento de otra. Por lo menos en lo que al mundo del espectáculo se refiere.

EN LOS Estados Unidos se están realizando, en forma experimental, transmisiones pagadas de televisión. Mediante un dispositivo especial, el abonado puede sintonizar canales que no entran en el sistema general y que le permiten presenciar el último estreno de Broadway, el concierto en el Carnegie Hall o la ópera del Lincoln Center.

Si bien con este sistema el público de los eventos artísticos y deportivos se multiplicará en forma asombrosa, ese público dejará de ser la comunidad que se junta para presenciar un espectáculo, sintiendo en la reunión que están compartiendo emociones comunes. A su vez, el actor no se sentirá estimulado por un público activo, el deportista alentado por una hinchada vocinglera y el tradicional señor Corales de todos los circos del mundo no podrá dirigirse a un "respetable público".

Paradójicamente, la televisión, que es el más influyente e importante de los llamados "medios de comunicación masiva", tenderá a aislarlos, a evitar el contacto físico y a olvidar esa emoción peculiar que experimentamos al sentirnos parte de un conglomerado que, al unísono, está vibrando, sea con lo deportivo o con lo artístico.

Al popularizarse el sistema que hoy se inicia en los Estados Unidos, no habrá necesidad ni de estadios ni de teatros. Sólo escenarios y canchas. Y un ente solitario mirando una pequeña pantalla reemplazará a la multitud del estadio o al público de teatro.

A SU VEZ, pienso que llegará el día en que el hombre aislado ante el televisor sentirá la necesidad de juntarse, sentirá la desesperación de su soledad y volverá a inventar el espectáculo vivo, la emoción de lo inmediato y buscará reagruparse nuevamente en estadios y en teatros.

Porque el hombre es un ser gregario.

Tal vez sea por eso que, encantado ante la comodidad que me ha brindado la transmisión vía satélite del Campeonato Mundial de Fútbol, fascinado por el hecho de vencer la distancia y el tiempo a través del aparato de televisión, no pueda entender cómo eso haya podido suceder, y añore el calor y el olor humano de los estadios de verdad.

¿No es cierto que después de presenciar el Mundial vía satélite uno siente la imperiosa necesidad de asistir a cualquier "pichanga" en una cancha de barrio y volver a oír que cuando uno grita: "¡Gool!", los demás espectadores gritan y sienten lo mismo?

Porque hay una cosa que el satélite, con su portentoso avance, no será capaz de darnos: la sensación de pertenecer, de influir, de compartir. Ciro Alegria escribió hace años su novela "El mundo es ancho y ajeno". Hoy con la televisión vía satélite, con la televisión pagada que ya se realiza en los Estados Unidos, ha dejado de ser ancho, para transformarse en una esfera pequeña y angosta.

¡Pero cuánto más ajeno nos parece ahora! ■